

Totalmente de acuerdo con la vida.

Eloy Sánchez Rosillo: poesía y Misterio

Víctor Herrero de Miguel, OFMCap

Licenciado en Filología y en Sagrada Escritura

E-mail: victorherrerodemiguel@gmail.com

Recibido: 27 de octubre de 2015
Aceptado: 3 de noviembre de 2015

RESUMEN: En la obra poética de Eloy Sánchez Rosillo asistimos al tejido de una alianza entre la existencia y la palabra que la nombra. La suya es una poesía diáfana y sutil, receptora de la bondad del mundo y volcada en su transmisión. Las páginas que siguen a continuación se asoman al brocal de este pozo excavado en el ejercicio delicado y paciente de una actividad creadora. El lector atisbará la profundidad y limpieza de un agua viva.

PALABRAS CLAVE: poesía, mirada, mundo, bondad, enigma.

Inicio, sobrevolando el Atlántico, estas palabras sobre la poesía de Eloy Sánchez Rosillo. A 11.000 metros de altura, repartiendo mi mirada entre las páginas de sus libros y la ventanilla del avión, certifico que es verdad la frase de von Hofmannsthal: la profundidad permanece oculta en la superficie. Ambas experiencias –atravesar el aire y leer poemas– están muy cerca: en uno y otro vuelo, la superficie se horada y nos revela.

El propósito de cuanto sigue consiste en mostrar una intuición: la aventura poética de Eloy Sánchez Rosillo (Murcia, 1948) se encuen-

tra del todo entregada al Misterio. Para verificarlo, de las cuatro mil palabras de este artículo, muchas serán del propio autor. Orientados por cinco ejes centrales en su creación (el poder de la mirada, la conciencia de habitar en un mundo bueno, la relación fraternal entre todos los seres, la experiencia del dolor y la afirmación del carácter trascendente de la vida) nos asomaremos a una obra dilatada y, por fortuna, aún en crecimiento.

Su poesía conoce dos etapas. La primera comprende cinco libros: *Maneras de estar solo* (1978); *Páginas de un diario* (1981); *Elegías* (1984);

Autorretratos (1989); *La vida* (1996). Todos ellos, en 2004, aparecen recogidos en un volumen: *Las cosas como fueron. Poesía Completa, 1974-2003*. La segunda etapa, inaugurada en 2005 con *La certeza*, se prolonga en otros tres poemarios: *Oír la luz* (2008), *Sueño del origen* (2011) y *Antes del nombre* (2013)¹. Nuestro acercamiento se centra en estos cuatro últimos títulos.

Lo que importa

La poesía involucra la vida entera. Se convierte en forma de vivir. Así, en su *Epístola I*, Horacio escribe a su amigo Mecenas: «*Quid verum atque decens curo et rogo et omnis in hoc sum*»². Semejante comprensión de la existencia como búsqueda de plenitud ilustra el camino de nuestro poeta que, a los veintiséis años, cifraba, de este modo, la propia vocación:

¹ Todos los libros mencionados se encuentran en la editorial Tusquets. Existen, además, varias antologías, entre las cuales destaca la más reciente y completa: E. SÁNCHEZ ROSILLO, *Hilo de Oro. (Antología Poética, 1974-2011)*, J. L. Morante (ed.), Cátedra, Madrid 2014.

² *Me esfuerzo en buscar lo verdadero y conveniente y me vuelco en ello por entero.*

«Tu destino es buscar lo que se esconde tras la espesa corteza de los días». (*Las cosas como fueron*, 15).

Volcado, como Horacio, en hallar la verdad más justa, Sánchez Rosillo experimenta en un punto de su trayectoria un hecho decisivo: la apertura de lo que permanecía cerrado. Él mismo lo explica:

«Qué ciego estuve, habiendo como hay tanta luz, tantos signos que en todo instante la verdad nos dicen. Hay que abrir bien los ojos para ver, aguzar el oído para oír lo que importa. Cada vez se apodera de mí con más pujanza y más dulzura la certidumbre de que sólo hay vida» (*La certeza*, 107)».

A la afirmación sin dobleces del endecasílabo final, se llega por el reconocimiento de una facultad. Jorge Guillén, otro poeta de mirada profunda, lo explica así:

«Basta ver bien lo que se ve, y se trascenderá la simple apariencia, que nunca es simple [...] Hay que aplicarse amorosamente a lo que se ve para llegar a lo que no se ve: el conjunto y su intención»³.

Hermosa manera de expresar el alcance de la poesía: no el fragmen-

³ J. GUILLÉN, en *Prólogo a Pedro Salinas, Poesías Completas*, Barral, Barcelona 1971, 11-41.

to ni el azar, sino el conjunto y su intención. A sentirse parte de un todo con un plan se llega en el contacto sensitivo con el mundo, algo que está muy presente en la poética de Sánchez Rosillo:

«Por estos ojos salgo yo a la vida
y entra en mí cuanto existe, la incontable
variedad de las cosas de ahí afuera.
Ninguna puerta tan abierta y fácil,
tan prodigiosa»
(*Antes del nombre*, 83).

Los versos recuerdan la formulación evangélica de un tema: el ojo como lámpara del cuerpo (cf. Lc 11,34-35). Metáfora de la luz interior, el ojo aporta significado a aquello que ve, por ejemplo:

«que abril no es sólo abril,
sino algo más, inmenso, incalculable»
(*Oír la luz*, 55).

Este mismo descubrimiento de un tiempo dentro del tiempo hace ver que la primavera se cuela en el invierno y amanece

«este día de mayo en mitad de febrero»
(*Oír la luz*, 145).

y que

«no hay día que no tenga su milagro,
que no llegue a los ojos
con su esperanza y su misericordia»
(*Sueño del origen*, 65).

El alba es, para la mirada de Sánchez Rosillo, un museo cuyas sa-

las no se cansa de recorrer. Símbolo del inicio absoluto de las cosas, de la transición imperceptible entre la nada y la vida, del amanecer nos dice:

«Ante un asunto así, tan delicado,
sólo hay lugar en mí para el asombro»
(*Antes del nombre*, 39).

Esta contemplación franciscana de la sábana del cielo no es desmentida por el anuncio de la muerte. A la pureza del alba le ofrece su mano la certidumbre de que el fin no es el final:

«En el transcurso
del misterioso trance ineludible,
le corresponde al alma únicamente
permanecer atenta
y abrir sus ojos mucho –mientras alguien,
[clemente,
cierra los de tu rostro– en el momento
supremo de la gran expectación»
(*Sueño del origen*, 71-72).

“Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos”. Así se despierte de nosotros el *Adriano* de Marguerite Yourcenar, inundando de vida la opacidad de la muerte, derramando en sus rincones –como una ofrenda– lo atesorado por la pupila. También para Sánchez Rosillo, morir es ver. Esta gran confianza se ha ido construyendo delectándose en la contemplación de lo pequeño, como el jilguero:

«¿Cómo es posible que algo como eso,
tan frágil y tan puro, tan de nadie y de todos,

pueda estar en la vida, ser la vida,
que exista un bien tan grande y para
[siempre? »

(*Antes del nombre*, 77)⁴.

La presencia de las aves en la lírica es antigua (piénsese en el *Himno al Sol*, de Akenatón), simbólica (el gorrión de *Lesbia* cantado por Catulo) y trascendente (*El vuelo humano*, de Gil – Albert). En la poesía de nuestro poeta, los seres alados –mediante su libertad y hermosura– nos hablan de la belleza de nuestro verdadero patrimonio. En palabras de T. S. Eliot: “lo que es tuyo es lo que no es tuyo”. Dejar ser es verdaderamente poseer.

La piedad de la luz

La realidad nos acoge y nos ampara. La poesía de Sánchez Rosillo repite esta convicción. El ser humano (una “fragilidad indestructible”, nos dirá uno de sus versos) es capaz de dejarse iluminar y de irradiar el mensaje de sentido con que la vida avala la existencia. Más allá del dolor, que no se niega

«surge una luz de amanecer muy pura.
La piedad de esa luz

⁴ Existe una antología que recoge la presencia de las aves en la obra del autor: E. SÁNCHEZ ROSILLO, *En el árbol del tiempo*, Pre-Textos, Valencia 2012.

nos bendice los ojos y la frente»
(*Oír la luz*, 24).

Persignado por la luminosidad, el poeta recorre el espacio de la vida, descubriendo la benevolencia de cuanto existe, en los elementos más simples:

«vieron mis ojos
en una gota de rocío un mundo
mágico y compasivo»
(*La certeza*, 49)»,

y en las realidades más complejas:

«Por fortuna, no hay
certidumbre del punto en que una cosa
[acaba:
conocer hasta el fin siempre es dolor.
Así teje la vida
los días y las noches del existir. Y en ese
piadoso no saber, en esa trama
de compasiva oscuridad,
no falta nunca el hilo luminoso
de la esperanza»
(*La certeza*, 53).

Hay, en el laberinto de la existencia, una hebra a la que asirse: se trata de la luz, que, en el relato de la creación, sirve de foco y de horma para el diseño de las criaturas y las cosas y permanece impregnada en todo lo que alienta. El poeta no cesa de buscarla y ofrecerla:

«LUNA llena en el cielo del verano.
Cuánto perdón en todo.
Esta luz, ese mar, estos ojos que saben.
Y el grillo de la infancia»
(*Antes del nombre*, 43).

Con la inocencia del *haiku* y la rotundidad del epigrama, la redondez de la luna parece no caber en el poema e invade nuestros predios. El convencimiento de que, precediéndonos y a nuestra espera, late en el mundo una presencia que derrama su amor se descubre también en el sol, en su declinar sobre la tierra:

«Paradoja y alarde
del día que se extingue es conseguir ahora
su intensidad mayor. No se acostumbran
[nunca
ni el corazón ni el ojo a que de pronto el
[mundo
sea de un oro tan mágico, tan
misericordioso»
(*Sueño del origen*, 123).

Como inspirándose en el fenómeno solar que describe –el atardecer: la tonalidad más intensa en el preámbulo de su desaparición–, la poesía de Sánchez Rosillo alcanza su profundidad mayor posándose casi inadvertidamente sobre las cosas, respetando su individualidad, sirviéndolas de marco y de peana. De este modo, el verso se convierte en agente del bien que anhela. En términos casi oraculares nos dice:

«Más allá de quien eres.
Aunque sólo sea un paso bastará.
Atrévete; confía y nada temas.
Si das un paso, al fin habrás llegado.
Traspasar esa línea de sombra que trazara
en torno a ti la culpa de ser tú.
Y allí, inocente, libre
del triste encierro de tu identidad,

ver en el ámbar puro de la mañana nueva
que la luz te perdona
y te signa la frente con su mano»
(*Sueño del origen*, 125).

Los versos de Sánchez Rosillo se dedican a trazar ese paso desde el dolor de la existencia hacia la celebración de la vida. Se trata, por eso, de una conversión: un ejercicio de aceptación del don. A eso nos invitan las palabras, la música y las imágenes de esta obra creadora y bendecida.

El latir que nos une

El hombre que vive en esta poética –el que mora en su interior y quien, desde fuera, la impulsa– confía en el milagro de vivir. Es alguien que cada mañana

«entra
confiado en su ser, lava su cuerpo,
se viste en un instante ropa ahormada
[en el uso
y ve por el balcón cómo muy tierna crece
la luz de una jornada en la que no
flaqueará su esperanza ni la fe que
[lo impulsa
en la gran aventura de existir.
Ahora sale a la calle con decisión, y llega
un aire claro a su pulmón alegre.
Avanza sin recelo, porque entiende
[la vida,
y se va abriendo paso entre las cosas,
y silba invulnerable»
(*Antes del nombre*, 67).

Como el poeta hebreo que habita tranquilo en el país de la vida (cf. Sal 116,9) –peregrino caminando a oscuras y sereno (cf. Sal 121,3)–, también el protagonista de estos versos siente

«la irresistible fuerza misteriosa que a los seres acerca»
(*Sueño del origen*, 27),

y sabe, como Esquilo, que “todo lo que es divino es fácil”. Esta atracción de las criaturas, al tiempo que esclarece la propia condición, ilumina el mosaico en que consiste la existencia. A la intuición de su dibujo total se accede mediante la contemplación de cada una de las piezas:

«Hay que entender al árbol, escucharlo,
en su madera viva,
en el ciego abrazar de sus raíces
y en el milagro de sus hojas verdes,
en el zumbido oculto de la savia.
Comprenderlo en lo suyo: ese latir
que al fin nos une y pugna y no nos deja
sobre la tierra solos»
(*Antes del nombre*, 99).

También la experiencia de un viaje en tren (trasunto del itinerario que comienza cuando nacemos), que en una tarde de mayo se desliza por la lluvia de las vías, permite contemplarlo todo (trigales, dehesas, terneros y cigüeñas) con lentitud, y sentirse

«totalmente de acuerdo con la vida»
(*La certeza*, 27).

Once sílabas que, como los lemas en los escudos antiguos, cifran el proyecto vital que es, al tiempo, constatación y búsqueda. El de Sánchez Rosillo, poeta que sólo quiere ser poeta, consiste en visitar la profundidad de cada cosa (“su regazo caliente, esa oquedad colmada”), sabedor de que allí

«se entra por gracia viva de lo vivo,
por acorde animal con lo creado»
(*Antes del nombre*, 57)».

Y es que todo trasciende su apariencia inmediata, puesto que las cosas del mundo

«no son diferentes de quien soy,
sino nombres parciales de un todo
[indivisible
que en mi pecho respira»
(*Antes del nombre*, 93).

Este sentimiento fraternal del poeta recuerda a la inmortalidad elemental de la materia explicada de esta forma por Lucrecio:

«No se aniquila todo lo que parece morir, ya que la Naturaleza renueva unos seres con la sustancia de otros, y no permite que cosa alguna se engendre sino ayudada por una muerte ajena»⁵.

⁵ LUCRECIO, *De rerum natura / De la naturaleza*, E. Valentí Fiol (ed.), Acanthilado, Barcelona 2013, 95.

Nada retorna a la nada: todo se ayuda a existir. Como en Gn 1, también la luz atraviesa los poemas y desliza

«su mano esta mañana
por las cosas del mundo.
Va como recontándolas despacio
–sin olvidar ninguna–,
pulsándoles un son»
(*Antes del nombre*, 63).

La poesía cae seducida ante la vida de los objetos y, en sucesos cotidianos, nos regala estampas dignas de un bodegón de Zurbarán:

«Iba yo caminando por la calle
un día de este invierno,
y en una frutería cochambrosa y oscura,
sin detenerme, al paso,
vi un cesto de manzanas de arrebolada luz
y encendido perfume (hebras de esa
[fragancia
me siguieron un poco por la acera).
Estaban allí juntas, apretadas, conformes,
y todas sonreían»
(*Antes del nombre*, 25).

La luminosidad minuciosa y suave, el alineamiento de las piezas de fruta, su desafío a la oscuridad del mundo se resuelven en gesto puro de amor. Así, encarnándose en la debilidad, ha elegido la vida manifestar su fuerza, y así, con pincelada respetuosa y humilde, la poesía lo capta y lo celebra.

Al margen de lo vivo

La opción de Sánchez Rosillo por la luz se fragua desde su contrapeso necesario. En una composición breve y acendrada –cuyo título, *Plegaria*, da cuenta del acto de expresión al que asistimos– leemos:

«QUE este dolor tan grande no sea en vano,
que aquí, en mi pecho, poco a poco vaya
transformando yo en luz tanta tiniebla;
que no olvide el legado del espanto
ni la lección de la desesperanza
si alguna vez este dolor me deja»
(*La certeza*, 33).

La oscuridad del corazón, precedida y prolongada por el sufrimiento, tiene su lugar en la obra poética de un hombre que reconoce, sin ambages, que

«la intemperie es la casa verdadera»
(*Oír la luz*, 116).

Desde esta conciencia de habitar un hogar sin puertas, la precariedad se resuelve en gratitud ante lo que se siente, en carne propia, como milagro. Así, dirigiéndose familiarmente al antiguo dolor, dice:

«Perplejo aún, puedo afirmar ahora
que al fin no te marchaste,
ni te apagaste porque te extinguieras,
sino que, por amor, por gracia pura,
fuiste transfigurado
en alegría misericordiosa,
sin que yo en un principio lo advirtiese.
¿Cómo pudo ocurrir aquel prodigio

de que al llegar a un punto, a tal
[momento,
tú ya no fueras tú
y fueras justamente tu contrario?
Qué enigmático es todo, qué aventura
esta ignorancia ciega del vivir»
(*Antes del nombre*, 27).

El dolor (avisa el poeta) no nos abandona: se transfigura en alegría y, en la metamorfosis, se conserva la intensidad y la fuerza con que antes, en el momento del sufrimiento, sentimos la hondura de estar vivos. Algo hay en estos versos que se asemeja a la experiencia pascual, pues lo que ésta nos narra –la comprensión de que la muerte se ha convertido en vida– exige, por un lado, descender hacia la sima del dolor, tomar en serio su existencia y, por otro, reorientar (desde lo sufrido) el rumbo de los propios días. En la obra de Sánchez Rosillo tal anuncio se repite con la sencillez y la insistencia de un ke-rigma, pues quien ha recorrido la travesía de la desdicha testimonia

«que al final del dolor no existe ya dolor,
que allí nos abre siempre la compasión
[sus brazos
y la verdad más honda es la alegría»
(*Oír la luz*, 98).

Existe otra forma de habitar en la tiniebla, que el poeta reconoce y nombra y contra la cual advierte:

«Qué difícil limpiar el corazón
de la miseria en que nos empeñamos

y que ahí se acumula y fosiliza.
Tiran de ti fantasmas del ayer,
ansiedad del presente y entelequias
de lo que piensas que a lo lejos fragua.
Al margen de lo vivo permaneces,
administrando sombras. Y mascullas
en todos sitios y en ninguna parte
tu mendrugo reseco y desabrido
de espanto y desamor»
(*Antes del nombre*, 79).

Ese trozo de pan duro simboliza la vida malgastada. Como otros poetas (pienso en el Borges de *El remordimiento*), Sánchez Rosillo llega a través de la palabra a la médula del sinsentido: ese lugar de pérdida que a todos nos amenaza, la frontera tristemente traspasada que nos conduce al dolor y a delectarnos en su cultivo:

«mantenemos cerrado todo el ser,
firme en la negación, el triste páramo
donde nada germina ni se cumple»
(*Sueño del origen*, 33).

De ahí, del conocimiento de ese espacio, se explica la insistencia en la celebración de la alegría, la atención poética volcada en los eventos, los lugares y los seres (por mínimos que sean) en los que la vida nos trasciende e, inadvertidamente, nos imanta.

Todo es mar. Todo es centro

Porque es verdadera búsqueda en un mundo verdaderamente sor-

prendente, la palabra no cede a la tentación de sentirse ya arribada a un lugar de acabamiento o plenitud. Más bien, –con su capacidad de concentrar en un punto muy pequeño un cosmos inabarcable– nos recuerda que

«hay luz y oscuridad,
sombra en el centro mismo de una brasa,
fulgor en la tiniebla»
(*Oír la luz*, 97).

La vida es Misterio y la poesía es una mano (tierna, vigorosa) con que éste se nos da. Entre los verdaderos poetas que hoy, en nuestra lengua, afirman la sacralidad del mundo, pocos lo hacen con la generosidad de Sánchez Rosillo, que se reserva para sí el sudor y a nosotros nos ofrece el fruto. Ante el fallecimiento de una muchacha llamada Luci, nos dice:

«Hoy de golpe la muerte
–eso que llamamos muerte– nos revela
que la luz que lucía en su ser y en su
[nombre
no era brillo de un halo quebradizo,
don caduco del mundo o regalo del tiempo,
sino amor sin origen,
verdad perenne y pura que no muere
y que eterna refulge»
(*Antes del nombre*, 87).

En no pocas ocasiones, sobre la muerte se enciende el fuego del poema, y de su verdad se nos invita a caminar hacia una verdad más honda:

«El misterio, en sí mismo, es hermosura [...] Por la vida y la muerte va la nave surcando el mar azul. Y todo es mar»
(*Sueño del origen*, 121).

Todo es mar. *Mar sin orillas*, como Gabriela Mistral se refería a Dios. Y en la travesía por el piélago, Sánchez Rosillo levanta un verso a cada ola, celebra la aventura misma de viajar. Qué lejos estamos, por fortuna, de la afirmación del desencantamiento con que la modernidad pensó salvar el mundo. En la vida que el poeta capta, la magia nos salva cada amanecer:

«Que haya adquirido la costumbre el alba de venir cada día desde las fuentes puras del asombro y en la orilla del cielo ir levantando –despacio y muy deprisa– su árbol frágil y esbelto de luz tierna y arboladas hojas, ¿no es prueba suficiente de que vivimos en un mundo mágico?»
(*Sueño del origen*, 63).

Al copiar estos versos, descorro ligeramente la cortina de la ventanilla del avión y siento que lo que tecleo en la pantalla me lo confirma un golpe de luz muy pura que por allí me llega. Es difícil leer a Sánchez Rosillo sin emoción, embridar el entusiasmo que, en ocasiones, provoca. Confirmamos, mirando hacia donde su poesía mira, que

«tan sólo en la evidencia de lo vivo se conforta la carne»
(*Oír la luz*, 125).

En la evidencia de lo vivo es otro lema, físico y moral, de esta poética de transcendencia tan cercana, tan de todos. De una mirada así no extraña la profundidad mística:

«No amar. No ser amado. Ser amor, único amor, amor no dividido, hecho con hilos de su propia esencia (...). Qué fiesta grande, qué bien concurrido baile hermoso sin ti, sin mí ni el otro, pero que a cada uno presupone, danza alegre del ser que al cabo logra conocerse, cumplirse, completarse, en la pura unidad del existir»
(*Sueño del origen*, 103).

De otro poeta de nuestros días, Leonard Cohen, me viene a la memoria una canción que ilumina los versos anteriores. Se titula *If it be your will* (*Si es tu voluntad*), está muy cerca de las plegarias del profeta Isaías y, en sus dos estrofas finales, dice:

“Si es tu voluntad, Si es tu voluntad...
si aún es posible... Sálvanos
Que los ríos rebosen y aproxímanos.
que las colinas se regocijen Oh, átanos
[fuerte,
que tu misericordia se desborde todos tus
[hijos juntos
sobre todos estos corazones con sus
[harapos de luz,
abrasados en el infierno. con nuestros
[harapos de luz...”

Ambas composiciones –con tonalidades diferentes, con texturas que se complementan– transpiran un sueño semejante: volver a la uni-

dad, existir en ella. Ambos poetas, obedeciendo a la recomendación clásica de una expresión homogénea y sencilla⁶, reproducen verbalmente aquello que persiguen. A la unidad y su celebración ha llegado la palabra limpia de Sánchez Rosillo:

«Todo es el centro,
aunque mucho me aleje
de donde estoy.
Lo sé y lo siento ahora:
no es un lugar
ni un tiempo derramándose
esta luz viva.
En su interior doy pasos.
Todo es ya el centro»
(*Sueño del origen*, 143).

Un adverbio nos ofrece el secreto de una trayectoria. “Todo” (leemos en la primera línea) “es el centro” mientras que, en el último verso, encontramos algo distinto: “todo es ya el centro”. Ese “ya”, esa breve palabra que apunta a la eternidad, avala un periplo vital transformado en obra creadora: el de un poeta que busca la soledad para encontrar la vida, el de quien generosamente la da forma y nos la ofrece. Así nos habla del primado de la vida sobre la aparente finitud:

⁶ Así lo aconseja Horacio en el v. 23 de su *Epístola a los Pisones* o *Ars Poetica*: *Denique sit quodvis, simplex dumtaxat et unum: En fin, sea lo que quieras, solamente / con esta condición: sea simple y puro.*

Totalmente de acuerdo con la vida

«hay acabamiento
-polvo, fragmento triste, mandato de la
[muerte-
sólo en las ilusorias y caducas presencias
que la materia finge y sin pausa
[abandona,
no en lo que indivisible y luminoso habita
la casa sosegada de lo eterno»
(*Oír la luz*, 121).

La vida inacabable y sin pliegues,
la eternidad y la unidad que el
poeta encuentra en el espacio ha-
bitado por los distintos seres, en la
sacralidad del universo, en la pie-
dad que las cosas rebosan y en la

facultad de ver, todo ello se expre-
sa, como dice el título de un poe-
ma con cuyos versos acabamos,
mediante *Una palabra y otra*. Ha-
blándose a sí mismo, diciéndonos-
lo a todos, Sánchez Rosillo celebra
la poesía como

«una luz tan alta y verdadera,
tan pura y para siempre»
(*Oír la luz*, 111),

y a ella, para bien del bien del
mundo, consagra sus trabajos y
sus días⁷. ■

⁷ Acabadas ya estas páginas, me llega la noticia de la inminente aparición de un nuevo poemario del autor: E. SÁNCHEZ ROSILLO, *Quién lo diría*, Tusquets, Barcelona 2015.

SALTERRAE



GEORGE AUGUSTIN (ED.)

Para Dios y para los demás

La vida consagrada en plenitud

176 págs.

P.V.P.: 13,95 €

La vida consagrada a Dios en el seguimiento de Jesucristo es un don de Dios a su Iglesia. A través del testimonio de esta vida, la santidad y la belleza de la Iglesia irradian de manera especial. Redescubrir sin cesar el ser, la misión y la belleza de la vida consagrada a Dios en los contextos de cada época y dar testimonio de todo ello representa un reto permanente. Ojalá las ideas de este libro supongan una pequeña contribución a la multiplicación de la alegría profunda de religiosos y religiosas, así como a la mayor gloria, a la infinita gloria de Dios.

**LOYOLA**
GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
